

# El educador de la fe y su cometido de orientador individual

José María MARTINEZ BELTRAN

Hace unos días vino a mi consulta una joven, hondamente preocupada por su situación personal. Sus principales problemas se dían resumir en éstos: fuerte depresión, escrúpulos, dificultades de relación y una gran confusión general entre sus ideas y la realidad que vivía. A primera vista había en su personalidad un fuerte carácter marcado por falsos criterios culturales y familiares que impedían establecer el equilibrio entre su ser y sus posibilidades de ser.

- Es interesante detectar cómo la cultura configura la conciencia y reduce a lo vivencial todo cuanto a nivel intelectual se transfiere.
- Sin un tratamiento individual resulta imposible todo cambio de estructura personal y como consecuencia la transformación de comportamientos.

Amigo EDUCADOR DE LA FE, este artículo quiere decirte sencillamente esto: no te sientas satisfecho de tu acción catequística hasta que no sepas de cada uno de tus catequizandos cómo tu palabra, tu experiencia, tu comunicación, se ha transformado en lo profundo de su vivencia religiosa.

Asistimos actualmente y en medio de las transformaciones sociales a la progresiva diversificación del trabajo, al desdoblamiento de funciones cada vez más exigentes por el alto grado de especialización que requieren. No es extraño que la función educadora vea sometida a esa misma presión, y que las exigencias a ella referidas aparezcan como dificultades cuando de cumplirla efectivamente se trata. Porque pese a esa diversificación de funciones la Educación no siempre resulta oportuno separarlas, puesto que

requisitos que se han de integrar en la persona del Educador como bases para su eficacia educativa. Así, lo que ocurre hoy es que la figura del Educador —subrayemos del Educador de la fe— se ve ampliada en su funcionalidad, especializada en su diversidad y requerida como elemento de dinamismo grupal e individual.

El requisito de integración de funciones y de un mayor grado de especialización tiene su base precisamente en el objetivo mismo de la Educación. Educar equivale a *integrar*, a ayudar a cada uno de los alumnos a explorar el mundo de sus experiencias, sentimientos y comportamientos, a la luz de los contenidos culturales que se le van impartiendo, tratando de que en todo ello encuentre una respuesta totalizante a su búsqueda de unidad personal. Y en todo ello, como necesidad fundamental, aparece la condición del tratamiento individual, que nos ocupará en estas páginas.

La Educación se realiza en gran parte con una dimensión grupal, con un gran despliegue de exposiciones, estudios, trabajos, etc. En esto hay una gran riqueza y una gran limitación. Resulta difícil detectar en grupo si las percepciones, actitudes, criterios, condicionamientos... van llegando y creándose en los individuos de un modo ajustado a la realidad objetiva que se les transmite. Y esto ocurre tanto en materias de contenido puramente objetivo como, y sobre todo, en aquellas dotadas de mayor contingente de subjetividad e interpretación personal. La asimilación personalizada y personalizante sólo se puede detectar de modo personalizado en la relación interpersonal con cada individuo, y ésta es la función orientadora del Educador.

Dentro de la especialización de funciones y roles encontramos una llamada hacia el desempeño personalizado de los mismos. Persona versus rol, ejercicio impersonal versus ejercicio personalizado del cometido de la Educación: ésta es la alternativa para la que encontramos una solución inmediata como es la creación —más dentro de la persona que de modo institucional— de la figura del EDUCADOR-ORIENTADOR.

## 1. EL EDUCADOR ES EL "HOMBRE EN RELACION"

Cuando la Educación fue exigiendo la preparación rigurosa de los profesores se hablaba de la *competencia de contenidos*, y en ello se fundamentó el mayor o menor grado de preparación para su ejercicio. Hoy hemos de hablar más de Educación en términos de

“competencia de relación”. Y en esto hay un cambio radical: mientras la primera puede encubrir la personalidad del Educador y ser eminentemente ejercicio de su rol, la segunda le hace surtir el rol para desvelarlo como persona. Esto implica básicamente tres condiciones: a), que el Educador se conoce a sí mismo; b), que se da a conocer como persona, y c), que no pierde su seguridad la autorrevelación como tal persona.

Esto nos lleva a un primer acercamiento al Educador como Orientador. En efecto, la Orientación supone una carencia de rol, la expresión de sí mismo, la escucha de las palabras, símbolos y sentimientos del orientado. Implica, además, la expresión directa de experiencia presente sin que se produzca la distorsión de mensajes ni la aparente espontaneidad que se refugia tras la estrategia. Más allá de la dependencia que el profesor crea por parte de los alumnos hacia él, la relación yo-tú establece una *interdependencia* que es iguala a los componentes de la relación en sus posibilidades de expresión.

El Educador-Orientador ha de gozar de la confianza en sí mismo. No es la confianza en el rol lo que aquí está en juego, sino la confianza que dimana del equilibrio personal, de la satisfacción de las propias necesidades, y de la ausencia de núcleos de conflicto que fácilmente envenenan la relación por la proyección de problemas que provocan. Los estudios más sistemáticos realizados por S. R. STRONG y L. D. SCHMIDT en el campo del Counseling nos indican que la mayor eficacia en la relación —ellos se refieren a la relación terapéutica— guarda mayor correlación con el rol de confianza y la capacidad de expresión personal en la situación de entrevista<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> EGAN, G.: *The Skilled Helper, A Model for Systematic Helping and Interpersonal Relating*, Brooks-Cole Pub. Monterey, California, 1975, páginas 109 y ss.

En la situación relacional profesor-alumno ocurre con frecuencia a niveles más o menos inconscientes, que las personas se sitúan en modos de relación y comportamiento estereotipados, a veces exclusivamente calculados.

El profesor ha de “quedar bien” ante sus alumnos, y el alumno de dar una buena imagen de sí mismo ante el profesor, y esto en ambos casos para conseguir los resultados apetecidos. De lo que resulta que la relación adolece de cierta enfermedad pedagógica que oculta a las personas tras imágenes estudiadas y falsea respecto a la realidad.

La base que hace posible la Educación en su sentido profundo es la interacción entre personas. Por eso se hace imprescindible la presencia de un rol tutorial, orientadora. En esa situación no hay autoridad explícita.

ni siquiera la que da al Orientador su rango de especialista, el respeto mutuo se hace tónica normal de la relación, y todo se hace personalización subjetiva. Queda, por tanto, descartada toda posibilidad de objetivación de la persona, la cual es típica del diálogo técnico: profesor-alumno, psicólogo-cliente, etc.

### 1.1. LO CARACTERÍSTICO DE LA RELACIÓN DE AYUDA

La relación de ayuda puede ser la definición de lo que pretendemos decir con esa función de Educador-Orientador. Esto requiere una especificación de sus rasgos principales.

Entendemos por relación de ayuda toda situación de relación entre dos personas, en la que el Orientador, con un elevado nivel de madurez y todos los recursos personales para que el orientado pueda realizar el estudio de sí mismo, de sus percepciones, de la construcción de su conciencia como visión del mundo, y asimismo llegue a la toma de decisiones relacionadas con sus problemas personales y con la maduración de su personalidad.

Son tres los elementos integrantes de esta relación: el Orientador, el Orientado y la Situación. Todos ellos con unas características peculiares, matizadas por la situación peculiar que se crea cuando dos personas se comprometen en una relación de petición y oferta de ayuda. Algunos rasgos comunes se pueden explicitar como sigue:

#### a) *Es la interacción entre dos personas*

La Orientación se sitúa en el plano de la comunicación, allí donde la problemática de una persona es vivida por el otro, donde la persona se convierte en fenómeno de conciencia para el Orientador por conceder al Orientado privilegio de importancia. Orientar no es instituirse en defensor de los propios valores, ni dirigir al alumno por medio de todas las estrategias que dimanen de la autoridad que confiere el puesto de Orientador. Los juicios de valor sobre el Orientado, la imposición de modelos de comportamiento, la generalización de los problemas... son otras tantas formas defensivas del Orientador que en nada ayudan la labor de auto-percepción del Orientado.

#### b) *El objetivo primordial es el cambio*

Cuando hablamos de cambio nos referimos tanto a la modificación de comportamientos como a la reestructuración de las percepciones.

Los comportamientos no resultan modificables directamente, es mediante el cambio de percepción como se puede llegar a dinamizar en una u otra dirección. Este principio se habrá de tener en cuenta cuando se trate de ayudar al individuo a regular sus comportamientos religiosos, que solamente se harán posibles por el ajuste de propias percepciones religiosas.

Cuando hablamos de ajuste, tanto social como psicológico, lo hacemos por referencia a la condición básica de higiene mental, como algo pasivo que reduce al individuo a la repetición de esquemas de comportamiento, sino como a la condición de su propia creatividad. Un individuo psicológicamente sano es aquel que hace uso de todos sus recursos personales para vivir ajustado con el mismo y con el medio, dinamizándolos y recreándolos.

c) *La relación de ayuda progresa sobre el autoconocimiento*

El autoconocimiento es un proceso constante en el devenir de la persona, y su manifestación más inmediata es la autorrevelación. Pues bien, "si hay alguna habilidad que se ha de aprender es el arte de la Orientación y la Psicoterapia —afirma S. M. JOURARD— es el arte de liberarse de los miedos que sugiere la autorrevelación y el arte de descodificar el lenguaje, verbal y no verbal, en el que la persona habla de su experiencia interna"<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> JOURARD, S. M.: *The Transparent Self*, New York, Van Nostrand Co., 1971, p. 32.

La relación orientadora es una relación existencial y fenomenológica; se trata en ella y por ella de llegar a la experiencia de la situación por la que cada individuo atraviesa. Sin conocer la experiencia o, mejor, el sentido que la persona tiene de su experiencia no se puede llegar a conocer al hombre: sus pensamientos, emociones, sus sentimientos, sus imágenes, etc. Si FREUD relacionó la enfermedad psíquica con la lucha por evitar el conocerse a sí mismo, podemos, como contrapartida, relacionar esa misma lucha con la dificultad para llegar a ser persona sana, expansiva, abierta de espíritu y creativa.

El despertar religioso y su progreso hacia la madurez requiere la misma higiene mental, que el individuo vaya descubriendo los condicionantes psicológicos de su religiosidad, las malformaciones de su criterio y, en una palabra, integrando la imagen de sí mismo con la realidad de su fe. La fe tiene mucho de contenido objetivo, pero también es verdad que se va configurando al ritmo de las condiciones personales de cultura, vivencias existenciales, y se ve siempre condicionada por la imagen que el creyente tiene de sí mismo.

d) *En la orientación hay un proceso de aprendizaje*

Nadie nos asegura que la transmisión de conocimiento dé necesariamente como resultado el aprendizaje significativo. Un alumno puede pasar años de escolarización e ir configurando todo un esquema mental que para nada afecte a su vida. Cuando los conocimientos modifiquen y estructuren su modo-de-estar-en-el-mundo se habrá hecho para él "sabiduría", es decir, posesión de la verdad como experiencia estructurante de su ser y de su comportamiento. Y esto es aplicable en gran manera al saber sobre el hecho religioso. En la Educación se integran como aprendizajes no solamente los contenidos del saber, sino también las actitudes, las percepciones y hasta la afectividad. Pero es en la confrontación individual donde se puede llegar a clarificar esas percepciones, a aprender la capacidad de reajuste para que los comportamientos guarden una lógica y racionalidad con los contenidos asimilados.

Al hablar de aprendizaje no se quiere decir que la Orientación haya de ser didáctica; la entrevista no es el momento de enseñar, es más la ayuda dada al individuo para que él perciba sus propias situaciones internas y se guíe por ellas o las modifique en la relación con el Orientador. En esa relación se ofrece al orientado oportunidad de realizar diversos aprendizajes que fundamentalmente se pueden enunciar:

- *Aprendizaje actitudinal*: dado por las motivaciones del Orientador, que trata por la empatía de que el "cliente" tome una actitud positiva ante él y ante las personas con las que se relaciona. De este modo los comportamientos deseados se van haciendo personales y aceptados.
- *Aprendizaje de modelos*: por la expresión de lo observado, por la crítica, por el juego de aceptaciones y rechazos, el individuo se va aproximando a modelos que le ofrecen especial atractivo y poder de convocatoria.
- *Aprendizaje emocional*: o de control de sentimientos, sobre todo ante estímulos que provocan su ansiedad, satisfacción, etc.
- *Aprendizaje por el ejercicio*: al cual el individuo se compromete como conclusión de la relación de entrevista.

Junto al medio ambiente al que el individuo concede especial fuerza, sobre todo para la justificación de conductas, la orientación trata de crear el *medio* (entorno) *interno*, de pensamientos, sentimientos,

imágenes... que se han de aceptar como propias y a las que se de conceder especiales poderes de regulación de conductas. En general, en toda situación de orientación hay una llamada a la personalidad del Educador-Orientador en relación: a sus modo actuar, al reconocimiento del valor del otro y de su relación, adaptación, estabilidad e integración tanto en el medio externo como interno.

Las investigaciones de la NDEA (National Defense Education) citadas por TYLER dan como resultado la afirmación de que más aptos para orientar quienes tienen ante el otro una respuesta afectiva más que cognoscitiva”<sup>3</sup>. Estas respuestas quedan enunciadas en estos enunciados básicos para la relación de ayuda:

<sup>3</sup> TYLER, L. E.: *La función del Orientador*, Trillas, México, 1972, páginas 280-287.

- “Carencia de dogmatismo y de prejuicios”,
- “Tolerancia a la ambigüedad”,
- “Empatía”,
- “Congruencia”,
- “Respeto” a la persona en todas sus manifestaciones.

## 1.2. LA EDUCACIÓN, ¿UN FRENO PARA LA MADURACIÓN DE LA PERSONA?

La pregunta se nos hace acuciante: ¿Hasta dónde la Educación hace elemento de plenitud educativa, o en qué medida es un freno para la maduración de la persona? Y la respuesta se ha de dar desde la totalidad del contexto en que un joven se encuentra incluso hoy. La Educación ciertamente le proporciona numerosos elementos de maduración, pero podemos pensar que lo que no asegura es la personalización máxima de los mismos y que, como consecuencia, pueden quedar dispersos de no mediar una relación orientadora.

Para P. GOODMAN, los problemas por los que atraviesa la juventud están causados, principalmente, por:

- La sociedad actual, que no proporciona un mundo a los jóvenes capaz de hacerles madurar, al no canalizar formas de participación.
- Los objetivos de la sociedad que los jóvenes tienen que seguir y de los cuales desconfían cada vez más.
- La sensación de los jóvenes que se sienten como aislada y gente solitaria, lo que les mueve a presionar a los adultos<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> GOODMAN, P.: *Moral Youth in an Immoral Society*, N. York Time, Inc., 1966, pp. 18-19.

En medio de esa realidad, la Educación se ve llamada a crear ese reducto en que la *escucha* sea posible y la comunicación real. No basta conocer al alumno en grupo, ni basta con conocerlo desde la perspectiva psicológica o sociológica para extraer las leyes del aprendizaje de modo que se asegure el rendimiento escolar, hay que llegar hasta el fenómeno humano individual para ayudar en la integración del saber como contenido de significado existencial.

Esa escucha ha de tener como punto de referencia todo lo que el joven expresa, lo que piensa y siente sobre sí mismo, las personas que mantienen relación con él, la sociedad, lo que vive “aquí y ahora”, lo que impide su comunicación, los núcleos más activos de su personalidad, su filosofía del mundo, sus valores, ideales, etcétera. En todo momento hemos de tener en cuenta el pleno derecho del sujeto a sus sentimientos y a la expresión de los mismos. La respuesta del Orientador ha de ser siempre de aceptación de los sentimientos y de “reflejo” de los mismos para que el sujeto los perciba desde él mismo.

La totalidad de respuesta a la “pregunta” que el individuo nos hace ha de comprender necesariamente su propia respuesta, puesto que la que se hace desde la objetividad del concepto o desde la subjetividad del Orientador no puede tener esa totalidad comprensiva de la persona. La Educación le proporciona diversos elementos de referencia como marco externo de la misma, pero la respuesta personal es la que se da desde el marco interno de referencia, pues denota la asimilación de esos mismos elementos.

Si analizamos los principios reguladores de la relación de ayuda veremos cómo todos ellos llevan esa preocupación interiorizadora. Veamos algunos de ellos:

● En primer lugar, resulta imprescindible *percibir a la persona* como *un* todo en el que influyen distintas variables: el ambiente, la personalidad, las aptitudes, etc. Pero en medio de esa diversidad queda siempre un núcleo de dinamismo actualizante que lucha por la realización positiva de las capacidades de la persona. Las afirmaciones de C. ROGERS, tan conocidas, sobre la “tendencia actualizante del sujeto”, venían ya precedidas del pensamiento de M. BUBER cuando afirmaba:

“El Maestro debe ver al alumno como persona bien determinada en su potencialidad y actualidad; más exactamente, no debe conocerle como mera adición de propiedades, tendencias e inhibiciones, sino adquirir clara conciencia de su totalidad y afirmarse en ella”<sup>5</sup>.

● En segundo lugar, recordemos que *la persona resulta insonante en su totalidad*, tanto para el Orientador como para sí mismo que, como consecuencia, nunca puede llegar a la plenitud de puesta coherente con aquellos principios o normativas externas a ella misma. La única coherencia posible es la respuesta de comportamientos que sean expresión del modo como cada individuo vive su propia experiencia. La parte de incoherencia que puede percibir desde fuera del otro requiere ese margen de tolerancia por parte del Orientador que hace posible ver al individuo desde él mismo.

● Principio fundamental: *Cada persona está dotada de una instancia de autorrealización plena*, es instancia creadora que le impulsa hacia la búsqueda indefinida de su plenitud. Orientar será, por tanto, aceptar esa instancia y favorecerla por la libertad y responsabilidad del individuo. Creer en esa instancia es la cúspide de la aceptación personal.

● Y, por fin, pensemos que la integración personal se ha de realizar en el “*aquí y ahora*” de la existencia. Si el pasado cuenta como condicionante de nuestro presente, y el futuro como proyecto, ambos se han de integrar en la realidad actual para llenarla de significado y de dinamismo creador. En la Orientación se ha de estar muy atento a la lectura de significados “actuales” del Orientado. Por esta vía se puede llegar a que el individuo se comprometa a sí mismo, se acepte y regule sus comportamientos de un modo ajustado a la realidad que vive haciéndola proyecto.

## 2. LA EDUCACION DE LA FE DESDE LOS PRESUPUESTOS DE LA ORIENTACION INDIVIDUAL

Siempre resulta delicado intentar la trasposición de términos de un campo a otro. Las teorías de la Orientación (Counseling), sin embargo, pueden ayudarnos en la realización de esta labor de integración personal cuando nos referimos a la educación de la fe. La diferencia entre uno y otro cometido reside fundamentalmente en que cuando hablamos de Orientación suponemos que quien la busca padece de desacuerdo interno, atraviesa por situaciones de vulnerabilidad o angustia; sin embargo, al pensar en el Orientado como sujeto en proceso de maduración de su fe lo hacemos desde la plenitud e intención constructiva de esa su madurez. Notemos también que las situaciones angustiosas en torno al hecho religioso pueden darse con frecuencia, y en esto veríamos una semejanza mayor con la Orientación en sí misma.

De todos modos, y dado el momento cumbre en que aparecen, las ORIENTACIONES PASTORALES DE LA COMISION DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS nos van dejando claro cuáles son los objetivos de la educación religiosa en nuestro país. En su misma Introducción nos señalan con fuerza el “Objetivo irrenunciable de la institución escolar: FORMAR AL HOMBRE DESDE DENTRO...” (Art. 7). Entiendo que formar “desde dentro” es equivalente a formar “desde el alumno”, desde sus propias percepciones y determinaciones. Y aquí coincide exactamente con el cometido de la relación de ayuda y en ella puede encontrar la fórmula complementaria a la instrucción religiosa.

En la educación de la fe fácilmente llega el adolescente a los primeros conflictos —propios de su evolución psicológica— entre razón y experiencia. La fe tiene dos vertientes: intelectual y vivencial o afectiva. Su componente cognoscitivo puede ayudar la adhesión afectiva, pero también puede ser portador de conflicto en la afectividad, que de suyo es precognitiva y experiencial. Aquí es donde apunta la acción orientadora, a compartir entre Orientador y Orientado los estados emocionales (dígase actitudes, vivencias...) propios de cada uno. Se puede hablar en términos de Counseling para llamar a dicha comunicación “EXPERIENCIA EMPÁTICA”, que lleva a la comprensión más plena de la misma experiencia religiosa.

“La experiencia empática —afirma A. GUIORA— emerge desde un primitivo modo de relación con el objeto, sin que quede aisladamente, como un sentimiento difuso global. Progresiva, por así decirlo, a través de un filtro cognitivo que transforma la experiencia afectiva en la comprensión del significado de la experiencia”<sup>6</sup>.

En esta experiencia entran todas las realidades que afectan al hombre, e incluimos la experiencia religiosa. Pero al igual que todas ellas puede ser algo alienante de no existir la comprensión que lleva a la participación empática en el objeto comprendido. Y como realidad que es, está sometida a una necesidad imperiosa: frente a su “mismidad comprendida” ha de encontrarse la “mismidad asumida” por el individuo, así se hace experiencia real lo que de otro modo pudiera quedar en realidad alienante<sup>7</sup>.

El juego de percepciones que el Orientado desarrolla por la expresión durante la entrevista permite la explicitación del significado que para él tiene su “hecho de vivir” en el mundo, en el mundo de significados en que lo religioso ha de integrarse como construcción personal, no sólo como elemento ajeno al que esos significados acuden para buscar un sentido que por ellos mismos ya tienen<sup>8</sup>. Y cuando decimos “mundo” nos referimos a “cómo es experimen-

RA, A.; LANE, H.,  
por E. REPETTO:  
*Elementos de orienta-  
La empatía en el  
o orientador*. Ed. Maro-  
a, Madrid, 1977, pá-  
24.

: Paráfrase a L.  
LO: *Terapia, len-  
y sueño*, Ed. Maro-  
adrid, 1973, p. 101.

e esta relación es  
sante confrontar el

pensamiento de P. BERGER: *The Sacred Canopy* y *The Homeless Mind*, e igualmente Th. LUCKMAN: *La religión invisible*.

<sup>9</sup> Van KAAM: *Encuentro e integración*, Sigüeme, Salamanca, 1969, p. 111.

<sup>10</sup> VISCOTT, D.: *The Language of Feelings*, Pocket Books, N. York, 1977, p. 145.

<sup>11</sup> ARIETI, S.: *The Intrapsychic Self, Feeling and Cognition in Health and Mental Illness*, Basic Books, Inc. Pub. New York, 1975, p. 149.

tado, percibido, hecho humano, cultivado, civilizado y gozado por el hombre”, en la definición de VAN KAAM<sup>9</sup>.

El simple hecho de la Educación de la fe objetiva (por la predicación, la catequesis, etc.) puede crear costumbres religiosas que con frecuencia no llegan a ser “propiedad” de los educandos por no girar de su personalidad profunda. La familia y la educación deben llegar a hacer al hombre libre y liberado, pero como figuras ternas que son crean en los individuos un superyó —incluso religioso— que no totaliza esa libertad. La fe, por tanto, ha de llegar a hacer hombres libres, pero su imposición —aunque sea por medio de mentalización— conduce a la esterilidad religiosa, cuando no a la neurosis. Lo importante es, por tanto, que además de los sentimientos, costumbres y hábitos religiosos, se llegue a la inserción del elemento religioso en el núcleo libre de la personalidad, a dinamizar la totalidad del ser humano desde el sentido pleno que puede tener a su vivir. Entonces se verá claramente la fuerza y fecundidad del Evangelio.

En una palabra, la instrucción religiosa asegura la adquisición de una fe inteligente y lógica de los contenidos de la fe, pero necesita la cooperación de los sentimientos para que mutuamente se impidan definir la realidad. En este sentido haría falta la afirmación de D. COTT cuando afirma que LOS SENTIMIENTOS DICEN LA VERDAD<sup>10</sup>, ya que la percepción de los enunciados de la fe puede llegar a la plenitud de su significado cuando son definidos e interpretados por el sentir personal.

En la situación de Orientación (Orientador-Orientado-Situación) existe una función de información y clarificación de ideas, pero en dosis muy inferior a la de clarificación del mundo afectivo y existencial del Orientado. Toda idea ha de ser remitida al sujeto para ver qué implicación personal tiene en ella. La educación de la fe debe vitalizar el hecho religioso presente en la persona, y revalorizarlo por un doble camino: por la *expresión* de cuanto el individuo vive relacionado con lo religioso, y por la *impresión* (de impresión) de lo religioso en la estructura más íntima del sí mismo. (EL SELF.)

Importa ampliar el término “sí mismo” (SELF) y extenderlo como lo hace S. ARIETI a “conceptos como mundo interno, significados personales, conocimiento, ideales, perspectiva mental, aspiraciones, habilidades y capacidad para dar y recibir amor, junto con las relaciones que acompañan esos conceptos”<sup>11</sup>. Cuando se trata de educar la fe no podemos quedarnos en un sistema de enunciados adheridos a la imagen de sí mismo, han de integrarse radicalmente en la persona de modo que cada elemento del “sí mismo”

impregnado de la perspectiva y vivencia que la fe da a la persona. El "mundo interno", el "significado personal" y todos los componentes de la formación integral del hombre han de llegar a convertirse en actitud humana, cuyo papel depende del sistema de imágenes, valores, objetivos y normas que integran la imagen del yo.

La imagen del yo queda confrontada en la relación interpersonal YO-TU, que es característica de la Orientación. A través de su expresión puede irse fundiendo en una sola la doble imagen mental y de significado que el individuo posee. Tengamos en cuenta que dentro del complicado sistema que constituye la imagen de sí mismo importa más la forma de la actitud humana que todo su contenido de valores y objetivos. La relación como comunicación, no como instrucción y menos como manipulación de actitudes y comportamientos es el camino integrador de las diversas imágenes de sí mismo. Por eso, en dicha relación orientadora la variable más significativa es la "*mutualidad de expectación*" entre Orientador y Orientado, en la cual el Orientado se siente libre y responsable del resultado de la entrevista, así como el Orientador asume esa misma libertad y responsabilidad.

Cuando la orientación tiene como contenido la educación de la fe ha de distinguir entre actitudes religiosas y comportamientos religiosos: la actitud es valor de existencia personal y tiene gran poder motivador de proyectos personales, mientras que los comportamientos son relativos, pues dependen de las formas culturales. Entrar en relación de ayuda con un educando en la fe implica la aceptación profunda de su libertad y responsabilidad religiosa. Ciertamente que en la catequesis grupal se promueve esa misma libertad y responsabilidad, pero la "imagen del nosotros" queda como condicionante de la formación de criterios y actitudes.

Con todo esto no se quiere reducir en lo más mínimo la importancia de la catequesis grupal en sus diversas formas. Todas ellas tienen un cometido informativo, de ayuda en esa síntesis fe-cultura que el catequizando ha de realizar, de mostrar la interrelación (interdisciplina) entre lo humano y lo religioso, etc. Únicamente se trata de aportar un nuevo elemento que colabore en la personalización de todos los requisitos de la fe madura. Ciertamente hay un contenido que no se puede desvirtuar ni desnaturalizar —Pablo VI nos lo recordó en la "Evangelii Nuntiandi"—, pero el educador de la fe sabe bien que a enunciados únicos hay respuestas múltiples, tantas cuantos cristianos escuchan el mensaje. Por eso afirmamos su misión orientadora, porque es necesario conocer en qué tierra cae la semilla, y metiéndose en ella como agua fecundante ayudar al grano a crecer desde él mismo, desde sus propias fuerzas y expectativas.